

MAQUIAVELO

LA POLÍTICA DEL PAPADO. ALEJANDRO VI

CÉSAR BORGIA

CAPITULO I

SITUACION DEL PONTIFICADO AL ADVENIMIENTO
DE ALEJANDRO VII. CONSIDERACIONES GENERALES

Al iniciarse el período llamado del Renacimiento, que vió el derrumbe definitivo del poderío feudal para ser substituído por la idea de las nacionalidades, el Papado, o sea la Iglesia romana, en su carácter de Estado político, se hallaba en una situación de notoria inferioridad con respecto, no sólo a los grandes señores de la época, como el rey de Francia o el emperador de Alemania, sino hasta de los mismos barones romanos que eran sus vasallos nominales.

Desde la Edad media venía siendo ambición constante de los papas la obtención, primero, y la consolidación, después, de un poder temporal que los igualase a los demás reyes sobre los cuales ejercían una soberanía espiritual tan ampliamente reconocida en abstracto, como poco acatada en los hechos. Las luchas entre el Pontificado y el Imperio, que ocupan casi completamente el escenario europeo duran-

te el largo período medieval, no son en realidad más que la expresión de este anhelo de los pontífices que no se resignaban a su papel pasivo de representantes de Dios, ansiando apoyarse en algo más consistente que su vago reino espiritual. Este poder temporal existía ya desde el siglo VIII, habiendo sido su punto de origen la alianza anudada entre la Santa sede y los reyes franceses, si bien es posible afirmar que los beneficios que esta alianza reportara a la Iglesia eran poco menos que inexistentes. Es recién hacia fines del siglo XV y comienzos del siglo XVI que el poder temporal de la Iglesia toma consistencia y relieve debido a la política hábil y personal del papa Alejandro VI, ayudada por el talento sombrío y avasallador de su hijo César Borgia, duque de Valentinois.

Pero, para dar una idea real y exacta del estado de la Iglesia romana y de su poderío al advenimiento del papa Alejandro, es preciso hacer un ligero análisis de la situación social y política de la península. En cuanto al primer aspecto de la cuestión, hay un fenómeno muy característico y que señala, puede decirse, el espíritu de la evolución que comienza a partir del siglo XV. Este fenómeno es la preponderancia de la clase comercial en las comunas y la sensible disminución de las libertades conseguidas por tales instituciones durante los siglos anteriores. El impulso de centralización, que es indudablemente la circunstancia más señalada de esta época en toda la Europa, se hace sentir también en las ciudades italianas, apareciendo entonces el tipo del *tirano*, exclusivamente renacentista, que reúne en su mano el poder absoluto, pero que al mismo tiempo protege las letras y las artes, estimula el progreso, permite la libre expansión del pensamiento, y cuyo exponente más acabado es Lorenzo de Médicis, llamado el Magnífico.

Por cierto que esta restricción de las libertades era mal

recibida por las clases populares, dando lugar así a graves revueltas y conmociones que venían a poner un nuevo motivo de agitación — la lucha de la comuna contra la nobleza — en el ambiente tan agitado ya por las luchas de la nobleza contra la nobleza. Semejantes luchas, generales en toda Italia, se producían entre las grandes familias rivales con una persistencia ininterrumpida, lo mismo en Milán que en Nápoles, en Roma que en Florencia. Pero donde alcanzaban su grado máximo era precisamente en Roma, dividida en dos grandes partidos enemigos que se hacían mutuamente la guerra, encabezados por las antiguas y poderosas familias de los Orsini y los Colonna. A esto, hay que agregar todos los señores feudales de la Romaña, que participaban también en la contienda, sirviendo como *condottieri*, ya con uno, ya con otro de los dos grupos combatientes. Todos ellos aventajaban en poder al soberano de San Pedro, que tenía en la gran mayoría de los casos que ser espectador impotente de estas turbulencias, ya que su precaria situación le impedía ser otra cosa que uno de los tantos señores feudales que debatían sus pendencias en la campiña romana.

Nicolás Maquiavelo, con esa agudeza de observación que es uno de los aspectos más salientes de su talento, dice a este respecto : « ...no sólo los magnates del país, sino hasta los simples barones y los más insignificantes señores, temían muy poco al obispo de Roma, al menos en lo temporal » (1). Y más adelante, agrega : « Para dominar al papa recurrióse a los señores romanos, que divididos como estaban en dos facciones, los Orsini y los Colonna, siempre tenían las armas en la mano para vengar sus agravios, aun a la vista del pontífice, cuya autoridad no podía me-

(1) Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*, pág. 78.

nos que resentirse de aquel estado de guerra intestina. Cierto es que de vez en cuando subían al trono papas que cual Sixto IV reprimían tales abusos; pero la corta duración del pontificado no dejaba extirparlos de raíz. Los esfuerzos de los pontífices se reducían a humillar una de las facciones; y si, por ejemplo, un papa conseguía rebajar la de los Colonna, ésta resucitaba en tiempos de otro papa que atacaba a los Orsini y así el poder temporal del papa era poco temido en Italia» (1). Como se ve por este testimonio de un contemporáneo que era al mismo tiempo un escritor y un político, la situación del papado era tan subalterna, que su influencia no alcanzaba ni a destruir las facciones, ni siquiera a dominarlas duramente. Gregorovius, en su notable obra sobre Lucrecia Borgia, se expresa con estas palabras que definen claramente el aspecto de Roma hacia el año de 1480 : « Las guerras de familia a familia se desencadenaban en la ciudad con un espantoso salvajismo, sobre todo en los barrios de Ponte, Pariola y Régola, donde cada día los parientes a quienes encendiera en ira la muerte de uno de los suyos, se adelantaban para luchar a mano armada contra sus adversarios. Precisamente en 1480, las viejas facciones de güelfos y gibelinos se hallaban despiertas en Roma; los Savelli y los Colonna eran hostiles al papa; los Orsini lo sostenían, en tanto que los Valle, los Margana y los Santa Croce, inflamados por la venganza tomaban partido por éstos o por aquéllos» (2).

La era de las conquistas papales comienza recién bajo el pontificado de Sixto IV, citado por Maquiavelo, y a quien Gregorovius llama « hombre enérgico y bien templado » (3). Los resultados de su política fueron aprovecha-

(1) Maquiavelo, *op. cit.*, pág. 79 y 80.

(2) F. Gregorovius, *Lucrece Borgia*, tomo I, pág. 43.

(3) F. Gregorovius, *op. cit.*, pág. 42.

dos más que nada por sus sobrinos, ya que desde hacía largo tiempo el nepotismo más absoluto reinaba en la corte del Vaticano. Organizado bajo la forma de una tiranía política, el papado era semejante a todas las otras tiranías dominantes en las distintas ciudades italianas, tales como la ejercida por los Sforza en Milán, la casa de Aragón en Nápoles y los Médicis en Florencia. El nepotismo se había convertido en una costumbre perfectamente establecida y apenas ascendido al solio, los pontífices se apresuraban a llenar de bienes y de honores a sus parientes y en especial a sus propios hijos. Alfonso Borgia, que fué papa bajo el nombre de Calixto III, siendo el primer miembro de su familia elevado a esta dignidad, distribuyó profusamente sus favores entre sus numerosos parientes, dando el alto rango de cardenal-sobrino (*nepos*) a don Pedro Luis, uno de los hijos de su hermana Isabel y haciendo al otro, Rodrigo Borgia, cardenal a los veinticinco años, nombramiento que fué seguido bien pronto por el de vicescanciller de la Iglesia. Pero esto, sin embargo, no era todo. El nivel moral de la corte de los papas era cada día más bajo; la simonía se había transformado en el procedimiento más corrientemente empleado por los cardenales para llegar al trono de San Pedro. Consistía en comprar por medio de donaciones de palacios, legaciones y aun por oro acuñado, en barras, el voto de los cardenales del Sacro colegio, consiguiendo en esta forma que consintieran en elegir al candidato de los poderosos sobrinos del papa precedente. Tal conducta era seguida sin excepción en todas las elecciones papales, diferenciándose unas de otras solamente por el mayor o menor grado de escándalo con que se verificaba la compra de los votos.

Desde el siglo xv, el papado había perdido por completo, no ya una santidad que nunca poseyó — puesto que

los crímenes de los papas comienzan desde que se organizara la Iglesia con sólo contadas excepciones —, sino que hasta el cuidado más elemental de las formas exteriores. La corrupción de las costumbres llegaba a un grado máximo. El asesinato en sus peores formas era el medio más usado por los papas para deshacerse de quienes les estorbaban, aumentando en esta forma sus propios bienes con los de sus víctimas. El historiador alemán antes citado, pinta con estas palabras sugerentes el estado moral de Roma en la época que estudiamos : « El papado se había despojado de toda su santidad sacerdotal, la religión se había tornado completamente material y la corrupción de costumbres no tenía freno » (1). Este desenfreno y relajamiento morales eran producto en gran parte del exceso de riquezas y de la inmensa cantidad de oro que los privilegios y derechos del alto clero hacían afluir a Roma de todas las partes de Europa. Los cardenales disfrutaban de rentas cuantiosas y el tesoro de San Pedro mantenía un verdadero ejército de parásitos bajo el nombre de notarios, protonotarios, monseñores, escribanos, gobernadores, capitanes, etcétera. Hay que advertir por cierto, que la degradación en las costumbres iba acompañada de un refinamiento de cultura ; los pesados libros eclesiásticos eran casi abandonados por el estudio de las letras griegas y latinas, afición que habían desarrollado en toda Italia los numerosos griegos a quienes la toma de Constantinopla por los turcos había hecho emigrar a la península. Los cardenales no eran, naturalmente, los menos interesados en tales estudios y los nombres de los dioses antiguos sonaban en el Vaticano tan familiarmente como el mismo de Cristo. Igual cosa ocurría en las artes, produciéndose así un verdadero retorno al pa-

(1) Gregorovius, *op. cit.*, tomo I, pág. 43.

ganismo — un paganismo cortés y renacentista —, que se presenta como una característica común a todas las clases cultas italianas desde mediados del siglo xv. En realidad, todos los excesos anteriormente señalados tienen un sentido marcadamente revelador del cambio que se estaba operando en los espíritus al iniciarse la Edad moderna; es por esto que ellos deben considerarse como una reacción potente de la vida, sujeta y extraviada durante tanto tiempo bajo las normas férreas que la disciplina eclesiástica había impuesto a la sociedad desde el triunfo definitivo del cristianismo. El goce de vivir, que tan soberbiamente sintieran los griegos, era algo completamente desconocido para las almas medievales presas en interminables y ridículas disputas teológicas y sumidas en las tinieblas del más absurdo fanatismo religioso. Pero al llegar el Renacimiento, ese goce de vivir se despierta de pronto con una violencia que llega hasta el furor dionisiaco, y el pensamiento se aleja del dogma religioso al que estuviera esclavizado durante siglos, para empezar a trabajar en un sentido humano. Nos referimos especialmente a Italia, no porque estos fenómenos se hiciesen sentir en ella únicamente, sino porque es indudable que el estado espiritual del Renacimiento — ya que el Renacimiento no fué en último término más que un estado espiritual — fué en ella donde se hizo sentir con una máxima intensidad. Los crímenes que se cometían eran los mismos de siempre. No hay más que estudiar ligeramente la historia del papado durante la Edad media, para convenirse de los delitos perpetrados por los papas del período que analizamos, eran semejantes a los de todos los papas anteriores; ya que apenas puede darse historia más culpable que la de la Iglesia romana. Por otra parte, el respeto a la vida humana es un concepto excesivamente moderno para que se haga de su violación una culpa máxima de los

hombres del Renacimiento. Es conveniente recordar que la esclavitud fué abolida recién en el siglo XIX, y que actualmente la explotación que hace el capital de las masas trabajadoras, hace que se puedan considerar con escepticismo los adelantos sobrevenidos en este orden de ideas. Mancha-do por los mismos crímenes que las épocas anteriores, el Renacimiento tiene en su favor el hecho de haber sido la primer eclosión definida de la corriente intelectual conocida con el nombre de « humanismo », cuyo curso puede seguirse a través de los siglos medios, y el primer retorno a la vida después del enclaustramiento del período antecedente.

Nos hemos dejado llevar de esta ligera disgresión, algo alejada del tema que estamos tratando, porque creemos indispensable tener una idea aproximada del ambiente en que Sixto IV, iniciaría la era de las conquistas papales. En realidad, no puede decirse que este papa tuviera la idea de aumentar o consolidar el poderío y patrimonio de la Iglesia; él persiguió, más que otra cosa, el engrandecimiento personal de sus cardenales sobrinos, a quienes, como más arriba lo hemos hecho notar, aprovechó exclusivamente su política. Imola y Forli, fueron concedidos a uno de ellos, Jerónimo Riario, y aumentó el prestigio del otro, cardenal Julián de la Rovere, hasta hacer de él la figura más preponderante en el colegio de cardenales. Este mismo cardenal, papa más tarde bajo el nombre de Julio II, fué el más encarnizado enemigo de la familia Borgia, siendo luego durante su pontificado el continuador y afianzador de la política de aquélla. Con respecto a la Iglesia, la política del papa Sixto fué un verdadero fracaso, pudiendo considerarse su acción desde este punto de vista como completamente ineficaz. Le sucedió el obispo de Saona, cardenal Juan Bautista Cibo que tomó el nombre de Inocencio VIII. Este debió su elección al acuerdo de dos cardenales tan po-

derosos como Julián de la Rovere y el vicecanciller Rodrigo Borgia, quienes se ocuparon de las obligadas donaciones por la mucha cuenta que les tenía sacar triunfante su candidato. El cronista Infessura califica esta elección de más detestable aun que la de Sixto, aunque en esta última había jugado la simonía un papel principal. Fué Inocencio un papa débil y completamente inepto, llegando la Santa sede bajo su pontificado, al máximo de desprestigio y de impotencia. El embajador florentino Vespucci, dice de él en uno de sus despachos : « Tiene muy poca experiencia en los negocios del Estado y escasa erudición, sin que eso quiera decir que es completamente ignorante. » Falto casi en absoluto de personalidad y carácter, estuvo continuamente sometido a la influencia de voluntades extrañas, de entre las cuales quizá la más poderosa fué la del cardenal de la Rovere. No es de extrañar, pues, dada su poca aptitud para los complicados negocios de la política, que desde el año 1449 en que subió al trono, hasta su muerte, ocurrida en 1492, la situación de la Iglesia se ajustara exactamente a las palabras de Maquiavelo antes citadas. No hubo en todo ese tiempo un solo barón romano que no se artemiera a desafiar con absoluta impunidad la autoridad del pontífice. Al año siguiente de su elección, en 1485, entró en guerra con Nápoles; pero habiéndose intimidado muy pronto, se apresuró a firmar la paz en 1486. A consecuencia de este fracaso, cayó en desgracia — si bien fué ésta una desgracia pasajera — el cardenal de la Rovere, sobreviniendo entonces un acontecimiento que había de poner al débil Inocencio, bajo la influencia de una mente superior y sinceramente inspirada en el deseo de fomentar la prosperidad de Italia. Nos referimos al matrimonio del hijo del papa con la hija de Lorenzo de Médicis, tirano de Florencia. El duque Lorenzo adquirió en-

tonces un gran predominio sobre el ánimo del papa, del que se valió, como es justo reconocerlo, para tratar de mantenerlo en relaciones pacíficas con sus poderosos contrincentes. Hombre extraordinario, dotado de un real talento político, Lorenzo desarrollaba en Florencia un gobierno progresista y adelantado, protegiendo las artes y las letras, y siendo uno de los más poderosos Mecenas de aquella época. Su ambición, que no era insaciable como la de muchos de sus contemporáneos, tenía la ventaja de ser inteligente; estudioso apasionado y comprensivo de las bellas letras, era un verdadero humanista, poseedor de un espíritu amplio y capaz de una visión certera. Este era el hombre que ejercía un dominio indiscutible sobre el papa Inocencio. Hizo uso de este dominio para mantenerlo en términos amistosos con el rey de Nápoles, trabajando con éxito para convencer al rey que debía pagar a Roma el tributo que reclamaba y que éste trataba de eludir; y consecuente con su política, impidió resueltamente la alianza del papa con la República de Venecia.

Con la unión entre Inocencio VIII y el duque, se daba por primera vez el espectáculo de un papa encontrando su apoyo y su consejo en un príncipe italiano, y en realidad si este pontificado no se presenta como total y completamente desprovisto de importancia, fué debido a la docilidad y prudencia con que siguió el papa las sabias inspiraciones de Lorenzo. Un episodio que vino a dar también cierto relieve al pontificado de Inocencio VIII, fué la custodia que se le confió de Gien, hermano de Bayaceto, sultán de Constantinopla. Efectivamente, a la muerte de Mahomed II, conquistador de Constantinopla, sus hijos Bayaceto y Gien se trabaron en lucha por la posesión del trono. Triunfante Bayaceto, huyó Gien a Rodas, donde los caballeros de San Juan de Jerusalén le mantuvieron cauti-

yo. Bayaceto, satisfecho de verse libre tan fácilmente de su rival, ofreció pagar una pensión anual siempre que se le mantuviera cautivo y excitándose con esto la codicia de los demás príncipes cristianos, como todos querían que se les entregara a Gien para su custodia, decidieron por mutuo acuerdo que fuera su guarda confiada al papa. Gien pasó entonces a poder de este último, quedando así el vicario de Cristo convertido en una especie de carcelero a sueldo del sultán de Constantinopla. Algunos historiadores tratan de justificar su conducta, pero sus argumentos son completamente inconsistentes.

Entre tanto el espectáculo de la rica península italiana, dividida y debilitada por luchas continuas, debía tentar bien pronto la ambición de Francia y España, cuyo poder había crecido considerablemente durante toda la década de 1480 a 1490.

El 2 de agosto de 1492, se rendía Granada, hasta entonces bajo el dominio de los moros con Boabdil, a los reyes Fernando de Aragón e Isabel de Castilla. Llegada la noticia a Roma el 1º de febrero, fué festejada con extraordinarias manifestaciones de júbilo. Esta rendición, que consolidaba el poder de los soberanos españoles y que era recibida con tanta alegría por la corte papal, debía contribuir en gran parte a los males y luchas que la ambición de los reyes españoles haría caer sobre el territorio italiano. Bien pronto los papas siguientes habrían de experimentar el poderío alcanzado por la casa de Aragón en el reino de Nápoles, convertido en teatro de las hazañas del Gran Capitán, don Gonzalo de Córdoba.

Al recibirse la noticia de la toma de Granada, se hallaba ya Inocencio gravemente enfermo. El poco respeto de que había gozado durante su gobierno, pareció desaparecer completamente en el último período de su enfermedad, pues

llegóse al extremo de que los cardenales de la Rovere — que había vuelto a su privanza hacía ya tiempo — y Borgia, discutieron escandalosamente en su misma presencia, las medidas que sería preciso tomar una vez producido su fallecimiento. Murió el 25 de junio de 1492, siendo enterrado veinticuatro horas después y, según la frase de un contemporáneo, *lasso singultu, modicis lacrimis et ejulatu nullo*.

Vemos, pues, que desde 1455, cuando subió al trono Calixto III, ni éste ni ninguno de los otros papas habían tenido la fuerza ni la habilidad suficientes para aumentar y afianzar el poder temporal de la Santa sede; ni aun por ambición personal, puesto que todos habían extremado sus esfuerzos en favor de sus allegados, sin conseguir más que resultados mínimos, es decir, engrandecimientos pasajeros de estos favoritos, que no alcanzaban a tener la magnitud necesaria para repercutir sobre la situación política de los estados pontificios. Al pontificado de Calixto, que había hecho del Vaticano una especie de colonia del reino de Valencia, suceden los de Pío II y Pablo II, enteramente insignificantes y durante los cuales el estado de cosas en lo que respecta al poderío papal, no varía en lo más mínimo. Viene luego Sixto IV, hábil y desprovisto de escrúpulos, pero que es más un promotor accidental que uno de los creadores conscientes del poder temporal, faltándole además por completo el éxito en sus empresas; y finalmente Inocencio VIII, prototipo del papa inepto y débil, que no es más que un simple instrumento en manos de sus consejeros. Su sucesor debía ser el reverso de la medalla, teniendo en fuerza, en energía, en doblez, en habilidad, todo lo que había faltado a Inocencio y aventajando también en estas cualidades a cualquiera de los pontífices anteriores. Con él se inician los que se han llamado « los grandes papas del Renacimiento italiano ».